

PLAN NACIONAL  
DEL LIBRO Y LA LECTURA  
José de la Cuadra



¡LEER ENCIENDE  
TU IMAGINACIÓN!

Bachillerato General Unificado  
Segundo curso  
Historia



PLAN NACIONAL  
DEL LIBRO Y LA LECTURA  
José de la Cuadra



¡LEER ENCIENDE  
TU IMAGINACIÓN!

Bachillerato General Unificado  
Segundo curso  
Historia

## La guerra no tiene rostro de mujer

Svetlana Alexiévich

—Según los estudios históricos, ¿desde cuándo las mujeres han formado parte de ejércitos profesionales?

—Ya en el siglo IV a.C. en Atenas y Esparta, las mujeres participaron en las guerras griegas. En épocas posteriores, también formaron parte de las tropas de Alejandro Magno. El historiador ruso Nikolái Karamzín escribió sobre nuestros antepasados: “En ciertas ocasiones, las esclavas se unían valientemente a sus padres y esposos durante las guerras. Por ejemplo, durante el asedio de Constantinopla en el año 626, los griegos descubrieron muchos cadáveres de mujeres entre los esclavos caídos en combate. Además, una madre, al educar a sus hijos, siempre les prepara para que fueran guerreros”.

—¿Y en la Edad Moderna?

—La primera vez fue en Inglaterra, entre 1560 y 1650. Fue entonces cuando se comenzaron a organizar hospitales donde servían las mujeres.

—¿Qué pasó en el siglo XX?

—A principios de siglo, en la Primera Guerra Mundial, en Inglaterra, las mujeres fueron admitidas en las Reales Fuerzas Aéreas, entonces formaron el Cuerpo Auxiliar Femenino y la Sección Femenina de Transporte; en total, cien mil efectivos. En Rusia, Alemania y Francia también hubo muchas mujeres sirviendo en hospitales militares y trenes sanitarios.

Pero fue durante la Segunda Guerra Mundial cuando el mundo presenció el auténtico fenómeno femenino. Las mujeres sirvieron en las fuerzas armadas de varios países: en el ejército inglés (doscientas veinticinco mil), en el estadounidense (entre cuatrocientas mil y quinientas mil), en el alemán (quinientas mil)..

En el ejército soviético hubo cerca de un millón de mujeres. Dominaban todas las especialidades militares, incluso las más “masculinas”. Incluso llegó a surgir cierto problema lingüístico: hasta entonces para las palabras “conductor de carro de combate”, “infante” o “tirador” no existía el género femenino, puesto que nunca antes las mujeres se habían encargado de estas tareas. El femenino de estas palabras nació allí mismo, en la guerra...

Texto tomado de Alexiévich, S. (2015). *La Guerra no tiene rostro de mujer*. Barcelona: Editorial Debate.

**Svetlana Alexiévich** (1948). Escritora bielorrusa cuya obra ofrece un retrato profundamente crítico de la antigua Unión Soviética y de las secuelas que ha dejado en sus habitantes. Su espíritu crítico, su profundo compromiso con los que sufren y su fructífera carrera literaria han sido reconocidos con innumerables galardones, entre los que cabe destacar el Premio Nobel de Literatura.

## La travesía

Luz Argentina Chiriboga

El barco se echa a la mar,  
zarpa sin dificultad  
a toda velocidad  
anheloso de llegar.  
Se escucha un grito rotundo  
saliendo de la bodega  
es el esclavo Mompega  
que protesta furibundo.  
Con sentimiento profundo  
promete pronto navegar  
al negraje sin hogar  
evitándole tortura  
de aquella trata tan dura.  
El barco se echa a la mar.

Él navega hacia el destierro  
con un destino muy cierto  
de África va casi muerto  
en una jaula de hierro.  
En aquel injusto encierro  
habrá una gran mortandad.  
¿Quién les dio la facultad  
de atentar contra la gente?  
Rumbo va a otro continente,  
zarpa sin dificultad.

El africano Mompega  
no cesa en su reflexión,  
se alzarán en rebelión  
adentro de la bodega.  
Le hace señas a una colega,  
le entiende con claridad  
hay que vengar la maldad  
planificando el combate  
sin que el jefe se percate  
a toda velocidad.

El jefe de la rebelión  
cuando sopló fuerte el viento  
aprovechó ese momento  
para romper la prisión  
y dispuso que el montón  
comience a disparar.  
Muy bien, ahora a desviar  
la ruta de ese gran barco.  
Mompega susurra parco  
anheloso de llegar.

Tomado de Chiriboga, L. (1999). *Palenque. Décimas*. Ecuador: Unidad de Imprenta IADAP.

**Luz Argentina Chiriboga** (1940). Escritora narradora, ensayista, novelista, genealogista, ecologista, lingüista y poetisa esmeraldeña, que se adentra en los problemas del ser humano. Luchadora por los Derechos humanos de la mujer afroecuatoriana y la cultura afroamericana.

## La mano de Dios

Gregorio Doval

Es el nombre con el que se conoce el primer gol anotado por el futbolista argentino Diego Armando Maradona en el partido entre Argentina e Inglaterra de cuartos de final de la Copa del Mundo de Fútbol de 1986, jugado el 22 de junio de 1986 en el estadio Azteca de Ciudad de México. El partido finalizó con victoria de los argentinos por dos goles a uno, gracias al llamado Gol del Siglo, también marcado por Maradona. El propio Maradona declaró después del partido que el gol lo había marcado “un poco con la cabeza y un poco con la mano de Dios”. Cuando corría el minuto 6 del segundo tiempo de un partido hasta entonces equilibrado, llegó una de las jugadas más polémicas de la historia de los mundiales: Maradona, fuera del área, pasó el balón, entre varios defensas ingleses, a su compañero Jorge Valdano, cuyo pase posterior fue interceptado por un defensa inglés que lo desvió hacia su propia portería, bombeado. Por la inercia de la jugada, Maradona había quedado en fuera de juego, pero al venir el balón de un contrario quedó de nuevo habilitado. Mientras la pelota caía, Maradona fue en su busca a la par que el guardameta inglés Peter Shilton, diez centímetros más alto. Shilton saltó con su puño derecho alzado, a la vez que Maradona lo hacía con el brazo izquierdo semiextendido. El puño del jugador argentino, disimulado junto a su cabeza, golpeó antes el balón, que salió botando hacia la portería desguarnecida. El árbitro, el tunecino Ali Bennaceur, señaló el gol, pero, acosado por las reclamaciones de los jugadores británicos, consultó con el juez de línea, quien lo confirmó.

Tomado de Doval, G. (1962). *Fraudes, engaños y timos de la historia*. Madrid: Nowtilus.

**Gregorio Doval Huecas** (1957). Escritor, periodista y editor español. También estudió Psicología, Filología y Sociología. Es autor de varios libros de divulgación histórica, así como guionista y director de programas de televisión.

## Pueblo iracundo

Javier Moisés González

A inicios del siglo XIX, un hombre corría más rápido que el viento por las calles poco alumbradas de un pueblo rural. Los que lo seguían desconocían por qué había cometido esa fechoría; otros, en cambio, el porqué de esa persecución; el único que tenía claro lo que había sucedido era él, de nada le había servido negarlo todo.

De seguro había creído que la víctima callaría, que iba a convertirse en uno de esos casos que se quedan en el olvido y que, con el tiempo, tanto él como su víctima seguirían con sus vidas. Incluso tal vez habrá reflexionado: “Debo irme de aquí, ocultarme un tiempo hasta que todo pase. Igual, si voy preso, capaz puedo comprar al juez o a alguien para que me deje salir”. Ahora, en lo único en lo que pensaba era en huir, correr, no caer.

La multitud avanzaba velozmente con piedras, palos, botellas y todo lo que pudiera herir al perseguido. Unos estaban completamente consumidos por la ira, otros por la curiosidad y algunos por la emoción de ser parte de una turba. Se dividían en grupos, avisaban a los vecinos de cuadra en cuadra a la voz de: “Agarren a ese ladrón, acorrálenlo, no lo dejen ir”.

De pronto, se comenzaron a acabar las calles y el perseguido intentó huir por los techos, patios o lo que tuviese que cruzar con el fin de alejarse de la muchedumbre, pero fue demasiado tarde: la lluvia de objetos lanzados por la gente le llegó y cayó.



—Ahora sí, desgraciado, ven para acá, ¿crees que puedes venir aquí a tomar lo que no es tuyo así porque sí? No, ahora vas a pagar— dijo el líder de la turba al perseguido, quien fue conducido hacia su destino final en medio de insultos y el forcejeo de la gente. Las luces de las viviendas se fueron encendiendo y más personas se asomaron a ver qué estaba ocurriendo a esas horas de la noche.

El perseguido observaba entre la multitud esperando alguna ayuda, pero esta nunca apareció. Entonces comenzó a sospechar lo que le iba a ocurrir. La turba lo llevó a un lote vacío, donde lo abuchearon y maltrataron desenfrenadamente. Él, sin poder hacer nada para defenderse, dejaba que los golpes le cayeran encima. ¿Qué podía hacer frente a medio barrio consumido por la ira y el odio? Llegó el momento en que su ser entero se paralizó al oír, en medio del tumulto, la frase:

—Quémenlo, que arda desde ya como lo hará en el infierno—. El perseguido comenzó a rogar por piedad y quiso resistirse, pero era inútil, su destino ya había sido decidido por voto popular y todos se dispusieron a cumplirlo. La multitud estaba por encender la hoguera cuando los guardianes arribaron al lugar y lo salvaron de la ira del pueblo, dejando a muchos con las ganas de verlo arder.

**Javier Moisés González** (2001). Estudiante de tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Rubira. Este relato fue seleccionado en el concurso “Nuestras propias historias”, organizado por el Ministerio de Educación en 2017-2018.

## La cultura del terror

Eduardo Galeano

La extorsión,  
el insulto,  
la amenaza,  
el coscorrón,  
la bofetada,  
la paliza,  
el azote,  
el cuarto oscuro,  
la ducha helada,  
el ayuno obligatorio,  
la comida obligatoria,  
la prohibición de salir,  
la prohibición de decir lo que se piensa,  
la prohibición de hacer lo que se siente  
y la humillación pública  
son algunos de los métodos de penitencia y tortura tradicionales en la vida de familia. Para castigo de la desobediencia y escarmiento de la libertad, la tradición familiar perpetúa una cultura del terror que humilla a la mujer, enseña a los hijos a mentir y contagia la peste del miedo.

—Los derechos humanos tendrían que empezar por casa —me comenta, en Chile, Andrés Domínguez.

Tomado de Galeano, E. (1999). *Apuntes para el fin de siglo*. Quito: Editorial El Conejo.

**Eduardo Galeano** (1940-2015). Periodista y escritor uruguayo de gran relevancia en el panorama latinoamericano. Entre sus obras más representativas se encuentran *Las venas abiertas de América Latina* y *Memoria del fuego*.

# SOS

Euler Granda

Aquí Ecuador  
lastimadura de la tierra,  
hueso pelado  
por el viento y los perros.  
Aquí sangre chupándose en la arena,  
piedras cayéndonos.

Aquí  
montañas con los vientres saqueados,  
mar  
con los peces ajenos.  
Aquí  
hambre,  
indios pateados como bestias,  
páramos bravos,  
piel a la intemperie.

Aquí  
ni nuestro propio suelo  
es nuestro;  
nada nos pertenece,  
nuestra agua propia  
nos venden en botellas,  
el pan cuesta un ojo de la cara  
y hasta para morirse  
hay que pagar impuestos.

A lo largo del aire,  
a medio sueño,  
en el interrumpido bocado  
del almuerzo,

para que nos caigamos,  
están cavando huecos.

Aquí,  
pronto un fusil  
para bajar los cuervos.

Tomado de Granda, E. (2009). *Poemas con piel de oveja*. Quito: Libresa.

**Euler Ramiro Granda Espinosa** (1935-2018). Poeta y psiquiatra ecuatoriano, miembro del movimiento cultural tzántico. Publicó más de diecisiete libros durante su carrera literaria. En 2009 fue galardonado con el Premio Eugenio Espejo por su trayectoria literaria.

## **El arcabuz, el caballo y la horca**

Jorge Carrera Andrade

Entre las sombras de la cordillera, mientras las raposas salían de su guarida en busca de alimentos y los últimos gallinazos se retiraban girando en un vuelo alelado sobre la fortaleza y sobre los árboles de hojas estremecidas, los indios se congregaban silenciosamente como fantasmas. Inmóviles, se apretaban en el repliegue más oscuro de la noche. De pronto, con un movimiento uniforme, empezaron a cavar en la tierra sin ruido. Apareció en el fondo del hoyo una figura amortajada con el hábito de San Francisco, ante la cual cayeron de rodillas los nocturnos visitantes. Era el cuerpo del emperador Atahualpa. Los indios le desenterraron, le cubrieron con sus regias vestiduras y le llevaron en hombros por los senderos monteses y por los valles.

Los pueblos del trayecto se sumaron al séquito fúnebre y, en medio de lamentos que conmovían hasta las piedras y peñascos de la cordillera, condujeron con gran pompa el cadáver hasta Quito. El general Rumiñahui con sus soldados les esperaba en Liribamba. Allí, en presencia del volcán Chimborazo, el esforzado guerrero juró vengar la muerte de su soberano y no dar cuartel a sus verdugos. Igual juramento hicieron los caciques de Latacunga y Chillo y otros jefes locales.

El emperador del Tahuantinsuyo y rey de Quito había sucumbido por obra de la traición. El espíritu europeo de empresa se hallaba vencedor sobre la ingenuidad indígena. El historiador Karsten dice que en Cajamarca “la mentira y el disimulo, la traición y la violencia —sobre los que se ha basado casi siempre la política de Europa— obtuvieron uno de sus numerosos triunfos sobre las ideas primitivas de honor y buena fe que caracterizan generalmente a las razas de color”.

La debilidad de Atahualpa fue considerar a sus enemigos como hombres dignos y cumplidores de su palabra. Rumiñahui no cayó en este error y les declaró una guerra implacable. Dueño del poder por la exterminación de los descendientes de Atahualpa, este general —con el nombre de Ati II— levantó un numeroso ejército y se puso en camino hacia el Sur, con el fin de llevar a la práctica su plan militar de ataque sorpresivo a los españoles, cuya inactividad le hizo ganar tiempo para organizar sus fuerzas en diferentes provincias del reino.

El adelantado Pizarro y sus hombres permanecieron cerca de un año en Cajamarca esperando los socorros prometidos por Almagro, uno de los tres socios de la empresa para la explotación y despojo de las nuevas tierras. Entretanto llegaban las noticias del avance de las tropas de Rumiñahui por el norte y de Quizquiz por el sur. Pizarro envió dos mensajeros a San Miguel de Piura, con instrucciones para Benalcázar, ordenándole marchar hacia Quito.

Sebastián de Benalcázar y sus tenientes, con un ejército de bandidos y mendigos armados, se lanzaron al asalto de los Andes equinocciales. Rumiñahui les salió al paso atacándoles en los desfiladeros abruptos y sorprendiéndoles en frecuentes emboscadas. Dispuso ingeniosamente trampas cubiertas de follaje para que cayeran en ellas los caballos de los conquistadores y se destruyera el mito de que eran seres invencibles. Con las cabezas cortadas de estos animales, clavadas en picas “con muchas flores y ramos en señal de victoria”, Rumiñahui animaba a sus tropas y pudo detener a los españoles durante varios meses en su marcha hacia Quito.

La defección de los cañaris, que fueron a ofrecer sus servicios a Benalcázar, complicó grandemente el problema de la defensa del reino. Los indios desleales guiaron a los conquistadores por los caminos y pasos más estratégicos, les revelaron los ardides de los guerreros indígenas y les sirvieron de exploradores para evitar las sorpresas y emboscadas de Rumiñahui. Esta actitud de los cañaris tuvo su recompensa: el rey de España les concedió una insignia de nobleza, les señaló un lugar especial para vivir en la ciudad del Cuzco —el barrio de Santa Ana—, y les otorgó el privilegio de “dar escolta al Santísimo en los días de ceremonia religiosa”.

Cerca del volcán Cotopaxi, el heroico Ati II de Pansaleo dio la gran batalla a Benalcázar y a sus hombres. La acción iba a terminar probablemente con el total exterminio de los españoles, cuando una erupción volcánica, seguida de una lluvia de cenizas, sembró el terror sobre las tropas indias, que creyeron en la realización de la profecía de Chalco acerca de que “la erupción del Cotopaxi anunciaría el fin del Imperio del Sol” y dejaron el camino libre a los conquistadores. La naturaleza misma parecía ceder ante la cruz y la espada, marcando con una columna de fuego el término de la vida del Tahuantinsuyo.

En esos mismos días, el general Quizquiz presentaba en la fortaleza de Mocha —construida sobre peñas vivas— una resistencia tenaz a las fuerzas de Pedro de Alvarado, que venía desde Nicaragua al olor del pillaje, ansiosas de participar en el reparto de las riquezas fabulosas del imperio de los Incas. Las tropas de Quizquiz, atrincheradas en las alturas, hicieron rodar enormes piedras sobre los soldados enemigos, dándoles así una muerte espantosa. Allí perecieron cincuenta y tres españoles y treinta y cuatro caballos. Durante varias semanas se prosiguió el asedio, y los defensores de la fortaleza se retiraron tan solo cuando la lluvia de cenizas les anunció el cumplimiento de las profecías sobre el destino fatal de su pueblo. Diego de Almagro, hermano del Capitán General, recogió como botín “quince mil llamas y vicuñas y cuatro mil indias e indios”.

Desde Liribamba hasta la capital del reino, la marcha de los conquistadores capitaneados por Benalcázar fue penosa y sembrada de obstáculos. A los asaltos de los indios, se unían las acechanzas del clima y de la naturaleza. La cordillera parecía inaccesible.

El paisaje era ciclópeo, con sus vertiginosos despeñaderos y sus picachos que se perdían en las nubes. Los abismos les esperaban con sus fauces amenazadoras, a cada vuelta del camino. Y el clima daba a la cordillera un ceño más hosco: la llovizna glacial atravesaba los cuerpos con sus millares de agujas mortíferas. El padre Lizárraga cuenta que oyó decir a los conquistadores que “cuando venían conquistando la tierra desde Riobamba hasta Quito... mataban a los caballos y se metían dentro para guarecerse del frío”.

Tomado de Carrera Andrade, J. (1959). *El camino del Sol*. Quito: Campaña Nacional Eugenio Espejo por el Libro y la Lectura.

**Jorge Carrera Andrade** (1903-1978). Es uno de los más insignes poetas ecuatorianos. Su poesía se propone darle voz poética a los mundos simbólicos más característicos del Ecuador. Entre sus obras destacan *Estanque inefable*, *Boletines de mar y tierra* y *Microgramas*.

## Historia de mi comunidad: Asociación San Vicente de Porotog Alto

Jimena Esther Chimarro

Me contaron mis padres que mis abuelos, junto con otras personas, lucharon para tener sus propias tierras y su libertad.

En la comunidad había una hacienda donde habitaban unos señores, llamados huasipungueros, que, durante la noche, mientras las personas a las que les decían indios dormían, les quemaban



las chozas o mataban a sus animales. Por eso, antiguamente la gente se iba a dormir en la quebrada, por temor a perder la vida si se quedaban en sus casas. Muchas veces estos indios intentaban defenderse de los huasipungueros, para conseguir la libertad y no vivir en esclavitud, pero estos les tiraban piedras al cuerpo hasta matarlos.

Una noche los indios comuneros se reunieron en una quebrada, muy cerca de sus casas, y en este sitio hablaron sobre cómo terminar con los huasipungueros. Conversaron hasta que amaneció y luego fueron a sus respectivas casas a empezar sus labores diarias, como pastar animales e ir a trabajar en la hacienda, donde si no hacían caso les mataban o les pegaban brutalmente. Había llegado la hora de reflexionar y terminar con esos señores que se sentían superiores y a los que había que obedecer. Muchas personas de la comunidad estaban de acuerdo en esto. Entonces alguien propuso quemar sus casas. Prenderían fuego a los alrededores, mientras estuvieran durmiendo —como lo hacían con ellos—, para no darles chance de escapar a ningún lado.

Nuevamente se reunieron en la noche y fueron a la hacienda. Rodearon todo el lugar con palos secos, hojas secas y paja, y prendieron fuego. Entonces uno de los huasipungueros dijo: —No importa, yo les maltraté mucho, les quité sus tierras, maté a sus animales y eso me mantiene contento—, y así se destruyó toda la hacienda.

En la mañana los indios estaban contentos porque todos los huasipungueros estaban acabados. Celebraron todo el día por haberse liberado de la esclavitud.

Después de una semana, una persona dijo:

—¿Por qué no empezamos a trabajar en esta comunidad? Primero busquemos un nombre.

Otro propuso:

—Formemos una asociación.

Y un tercero mencionó:

—Pongámosle “Asociación San Vicente de Porotog Alto”.

Una vez puesto el nombre de la comunidad, empezaron a trabajar para gestionar los servicios básicos. Como es de suma importancia, comenzaron por el agua para las personas, los animales y los sembríos, entre otras necesidades. Entonces hicieron reservorios para tener aspersores, también conocidos como llovederas. Todo esto lo conseguían a través de mingas comunitarias. Cuando terminaron con estos trabajos optaron por comprar un tractor, que tanta falta hacía en la comunidad, donde no se alcanzaban solo con la yunta porque las personas de edad avanzada ya no podían trabajar el terreno para cultivar sus alimentos.

En la comunidad la mayoría de las personas siguen cultivando sus tierritas. Este es el sustento de las familias y no las abandonarán jamás. Mientras ellos vivan van a mantenerse en esa comunidad, ya que ser libres e independientes les costó mucho sacrificio y el combate contra los huasipungueros. En la actualidad siguen trabajando por el bienestar de la comunidad y trabajan en conjunto, pues saben que todo sacrificio tiene una recompensa y, por ende, se debe luchar constantemente, con los hombros unidos por un mismo fin.

**Jimena Esther Chimarro** (2002). Estudiante de primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Comunitaria Intercultural Bilingüe Aquiles Pérez Tamayo. Este relato fue seleccionado en el concurso “Nuestras propias historias”, organizado por el Ministerio de Educación en 2017-2018.



